

MARIO RAPOPORT

EN EL OJO DE LA TORMENTA

*La economía política argentina
y mundial frente a la crisis*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2013

Mario Rapoport

En el ojo de la tormenta : la economía política argentina y mundial frente a la crisis . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.

473 p. ; 23x16 cm. - (Economía)

ISBN 978-950-557-995-2

1. Economía Argentina. 2. Globalización.

CDD 330.82

Diseño de tapa: Hernán Morfese

Foto de solapa: *La Gaceta de Tucumán*

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-995-2

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

Primera parte

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y LAS CRISIS DEL CAPITALISMO

I. <i>Los economistas: heterodoxos versus ortodoxos</i>	17
II. <i>Estados Unidos: de los años treinta a la crisis actual</i>	81
III. <i>La crisis europea y el ascenso de China</i>	142

Segunda parte

LA ECONOMÍA ARGENTINA Y SUS DEBATES

IV. <i>El Estado en la economía nacional</i>	181
V. <i>El sistema monetario y el Banco Central</i>	217
VI. <i>La política cambiaria y la inflación</i>	244
VII. <i>La deuda externa</i>	287
VIII. <i>El proceso de industrialización</i>	308
IX. <i>La cuestión agropecuaria</i>	340
X. <i>Protagonistas del pensamiento económico argentino</i>	363
XI. <i>Ciclos, crisis y crecimiento económico</i>	431
<i>Epílogo</i>	457
<i>Índice de nombres</i>	461
<i>Índice general</i>	469

El economista mismo es un producto de su propia época y de todo el tiempo anterior, y el análisis económico y sus resultados se verán sin duda afectados por la relatividad histórica. [...] Los intereses de los economistas a propósito de los problemas de su época y, por lo tanto, sus actitudes respecto de esos problemas, condicionan su visión general de los fenómenos económicos.

JOSEPH SCHUMPETER

He aquí coleccionados algo así como los graznidos de un cuervo o los cantos de una rana a lo largo de 12 años: graznidos o cantos de una Casandra que nunca pudo influir en el curso de los acontecimientos a lo largo del tiempo. El volumen podría haberse titulado “Ensayos de profecía y persuasión”, porque la profecía, por desgracia, ha tenido más éxito que la persuasión.

JOHN MAYNARD KEYNES,
prólogo de *Ensayos de persuasión*, 1931

Las cosas se manifiestan de una manera inversa de lo que en realidad son; la única ciencia que lo ignora es la economía.

KARL MARX

INTRODUCCIÓN

No tenía por todo documento más que su memoria.

JORGE LUIS BORGES

ASISTIMOS A UNA crisis global que plantea serios interrogantes sobre el futuro del mundo y, en momentos como este, el pensamiento económico está obligado a dar nuevas respuestas a los problemas que la coyuntura le presenta. Pero ellas son tan diversas como los intereses que se hallan en juego en el seno de la sociedad.

Este libro, que trata sobre la economía y la política argentina y mundial, temas que en los últimos tiempos se han convertido en objeto de arduos debates, está dirigido a un público amplio y procura llegar al lector con un lenguaje accesible.

En la primera parte, revisamos los orígenes y el desarrollo del pensamiento económico tratando de explicar sus principales corrientes teóricas en el contexto histórico en el cual surgieron y especialmente las teorías y los planteos sobre las crisis que afectan el sistema.

Luego abordamos la crítica situación de Estados Unidos y de Europa, no solo en la coyuntura reciente sino también en experiencias del pasado que pueden servir para comprender mejor los problemas actuales.

La evolución de las ideas y del contexto internacional permite determinar la influencia de esos factores cuando tratamos, en la segunda parte, el caso argentino y se explican los nudos centrales de los grandes conflictos y controversias que han movido y mueven la historia económica del país. Examinamos así, con una perspectiva que incluye estas consideraciones y vincula al mismo tiempo el pasado y el presente, el papel del Estado y las políticas públicas; el comportamiento de variables, sectores y actores económicos; y los desafíos y problemas que generan los procesos de crecimiento y de crisis. También incluimos algunos aportes destacados del pensamiento económico argentino desde la época de la independencia que, en distintos momentos y desde visiones

diferentes, contribuyeron a una mejor comprensión de la problemática y la trayectoria de la economía nacional.

Nuestro principal objetivo es el cuestionamiento de los paradigmas económicos dominantes y la necesidad de conformar un nuevo arsenal de ideas que permita superar las profundas desigualdades existentes en el seno de nuestra sociedad, recobrar el sentido de la solidaridad y crear una economía al servicio del hombre y no a la inversa.

Cada uno de los capítulos es la punta de un ovillo que hay que desenredar para poder dilucidar las relaciones entre sectores económicos y políticos internos y externos, entre el escenario internacional y los proyectos nacionales.

Toda interpretación de la realidad, y más aún aquella que se transforma en teoría, tiende a simplificar fenómenos complejos, y en este caso se trató de reconstruir esa realidad o ese pensamiento teórico como si formara parte de un rompecabezas, admitiendo su complejidad e incorporando aspectos políticos, sociales, institucionales e incluso culturales. El propósito es abrir un debate sobre temas clave en un país donde muchas veces se acostumbra apenas a rozar la superficie de las cosas sin ir al fondo de la cuestión.

Conocer de este modo la evolución del pensamiento, la historia y la situación económica mundial y nacional puede ayudar a descubrir que lo que se nos ofrece como nuevo no lo es tanto, y que aquello que aparece muchas veces como indiscutible y evidente no resulta más que una construcción artificial para justificar un determinado orden de cosas.

Sabemos que existieron distintos proyectos de país en la historia argentina, vinculados a diferentes modelos económicos e intereses políticos y sociales que estuvieron, generalmente, enfrentados en las distintas etapas de desarrollo. Las controversias y debates, muchos de los cuales procuramos dilucidar, son inherentes a la vida de toda sociedad. No obstante, en estas páginas deseamos contribuir a la conformación de un nuevo proyecto de nación atendiendo objetivos e intereses propios que permitan consolidar, en el marco del proceso de integración regional en curso, un sendero de crecimiento económico sostenido, una política internacional independiente y una mayor inclusión social, económica y política de toda la población.

En cuanto a los textos que conforman este libro, algunos son inéditos y otros fueron publicados en periódicos nacionales e internacionales o han sido tomados parcialmente de artículos editados en

revistas académicas.¹ Provenzan de investigaciones originales, tengan un propósito didáctico u obedezcan a un análisis de coyuntura más polémico, todos se relaboraron, están agrupados en cada caso de acuerdo a la temática que los vinculó y tienen por base una misma línea de pensamiento y una metodología de trabajo común. Vistos en su conjunto poseen una unidad que por separado podría no verse y, como en las sinfonías, hay partes más complejas y otras que dan un pequeño descanso al lector. Además, si bien prevalece el análisis económico, su enfoque es fuertemente interdisciplinario.

Como en libros anteriores, no puedo dejar de agradecer en este a quienes brindaron sus opiniones o su colaboración ocasional. A Ricardo Borello, Noemí Brenta, Agustín Crivelli, Romina De León, Elsa Grávida, Ricardo Lazzari, Florencia Médici, María Cecilia Míguez, Leandro Morgenfeld, Ricardo Vicente y Alfredo Zaiat y, especialmente, a Lidia, que me acompañó en todas las instancias del libro, y a Alejandro Archain, por su comprensión y el estímulo para la edición del libro, aunque ninguno de ellos es responsable de lo que aquí decimos.

¹ La traducción de todas las citas presentadas a lo largo del libro corresponden al autor.

PRIMERA PARTE
EL PENSAMIENTO ECONÓMICO
Y LAS CRISIS DEL CAPITALISMO

I. LOS ECONOMISTAS: HETERODOXOS VERSUS ORTODOXOS

Estos 45 últimos años han estado dominados por una sucesión de teorías dogmáticas, [...] todas ellas contradictorias unas con otras, todas irrealistas y abandonadas, unas y otras, bajo la presión de los hechos. El estudio de la historia, el análisis profundo de los errores pasados, ha sido sustituido por simples afirmaciones, la mayoría apoyadas sobre puros sofismas, sobre modelos matemáticos irrealistas y sobre análisis superficiales de circunstancias del momento.

MAURICE ALLAIS

LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO Y LA TEORÍA ECONÓMICA

Muchos economistas consideran que su ciencia carece de las teorías y los instrumentos que le permitan dar soluciones concretas a los problemas económicos y sociales derivados de la actual crisis mundial. Al mismo tiempo, y pese a la conciencia creciente que la gente ha ido adquiriendo sobre esta cuestión, la crisis sigue su curso mientras se aplican en paralelo medidas harto conocidas que ya fueron condenadas al fracaso con anterioridad.

¿A qué se debe esta insuficiencia? ¿Por qué los economistas se han equivocado de esta manera? ¿O cuál es la razón de sus errores? ¿Qué intereses se mueven detrás de las ideas y de las políticas económicas? ¿Es la economía una disciplina ascética, alejada de las ideologías? ¿Cuáles son sus soluciones frente a la crisis actual? ¿Cómo influyen en la vida cotidiana de la gente? Un breve repaso del devenir histórico de la llamada ciencia económica moderna nos dará indicios para una respuesta.

La intención de este primer capítulo no es, sin embargo, explicar lógicamente los fundamentos teóricos de cada una de las corrientes de

pensamiento económico que la animan, para lo cual resulta imprescindible recurrir a los autores originales y a los que se han dedicado específicamente a analizarlas —con mayor o menor brillo y desde perspectivas distintas—, sino reflexionar sobre las principales encrucijadas que marcaron su derrotero y los propósitos, las circunstancias y los intereses de aquellos economistas que en cada época histórica elaboraron sus teorías.¹

Si bien las ideas económicas surgen en la Antigüedad y aquellos que las estudian suelen remontarse a esa época, el origen de lo que se considera una disciplina más moderna y sofisticada coincide con un nuevo objeto de análisis: el capitalismo. Esto no es casual. La liberación de los hombres de los lazos de la dominación feudal y los profundos cambios que ello produjo en las esferas de la producción, el comercio y las finanzas llevaron a una identificación más neta del dominio de las relaciones económicas con respecto a las correspondientes a la arena política.

En este sentido, ya la doctrina mercantilista ligada esencialmente al poderío comercial de los Estados o de las compañías vinculadas a ellos intentó crear conceptos más precisos para explicar cuestiones económicas de su época cuya importancia era cada vez mayor. De este modo surgió la “economía política” —concepto introducido por el economista francés Antoine de Montchrestien en 1615—, que implicaba sobre todo el estudio de la riqueza de los Estados naciones absolutistas y de los mecanismos del comercio, así como de fenómenos monetarios producidos por la llegada del oro y la plata americanos a Europa.

La fisiocracia, escuela de pensamiento nacida en Francia en el siglo XVIII e impulsada, entre otros, por François Quesnay y Jacques Turgot, contribuye al primitivo desarrollo de la disciplina con el primer modelo macroeconómico, el *Tableau économique*. Este esquema basa el funcionamiento de la economía en la agricultura, considerada la única activi-

¹ Salvo referencias específicas a otros autores o a textos originales, seguiremos sobre todo en este apartado las obras de Ernesto Screpanti y Stefano Zamagni, *Panorama de historia del pensamiento económico*, Barcelona, Ariel, 1997; Mark Blaug, *La teoría económica en retrospectiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, y Joseph A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1995 (1ª ed. 1954). En Argentina, Manuel Fernández López y Axel Kicillof hicieron valiosos aportes sobre la historia del pensamiento económico (López también sobre el pensamiento económico argentino), acotados a algunos autores o escuelas y desde visiones distintas, que pueden leerse con provecho. Aquí se mencionan solo a algunos de los economistas más emblemáticos que integran las principales corrientes o escuelas económicas.

dad productiva. Los fisiócratas critican al mercantilismo y sus políticas proteccionistas, y para liberar el comercio de granos de sus múltiples trabas lanzan la famosa consigna del librecambio: *laissez faire, laissez passer* (dejad hacer, dejad pasar).

Al calor de la Revolución Industrial y de la expansión del comercio mundial, los llamados economistas clásicos, como el filósofo Adam Smith y el banquero David Ricardo, formularon una teoría basada en la división del trabajo entre individuos y naciones y en leyes objetivas que gobiernan la evolución económica de las sociedades. Es en este momento que la economía política adquiere definitivamente un estatus científico. El librecambio sigue siendo su fundamento, aunque ahora toma una dimensión más amplia en función de actividades productivas en pleno desarrollo generadas por aquellas transformaciones económicas y tecnológicas.

Sin embargo, un economista olvidado, el escocés James Steuart, compatriota y adversario de Smith, considerado por algunos como el último de los mercantilistas y, por otros, como un precursor de Keynes, fue el autor del primer tratado sistemático de economía, publicado en 1767: *Investigación de los principios de la política económica*. El pecado de Steuart, que llevó a la escasa difusión de sus ideas, tuvo que ver con su creencia en la necesaria intervención del Estado en la economía, en un contexto en que los partidarios del libre comercio comenzaban a tener un peso decisivo e hicieron lo posible por ignorarlo. Ponían así al desnudo un tipo de actitud muy común en el ámbito intelectual. Decía Smith en la carta a un corresponsal en 1772: “Sin mencionar ese libro una sola vez, me enorgullezco del hecho de que cada falso principio que allí se expone encontrará una refutación clara y neta en el mío”. Por algo se considera a Steuart un precursor de Keynes y de otros economistas heterodoxos.²

Con todo, es sabido que la teoría económica tradicional, tal como fue expuesta por los economistas clásicos no se elaboró en una “campana vacía” ni tenía objetivos puramente académicos. En sus escritos Smith y Ricardo afectaban intereses establecidos. El primero, en su *Riqueza de las naciones* de 1776, procuraba liberar a las fuerzas productivas de los obstáculos existentes para el desarrollo capitalista producto de una primera fase de la Revolución Industrial. Para ello era preciso

² La cita es de Gilles Dostaler, “James Steuart, le combat perdu contre Adam Smith”, en *Alternatives Economiques Poche*, octubre de 2012.

terminar con los abusos del mercantilismo y del monopolio colonial, y con el despotismo económico de las monarquías absolutas que obstruían el libre juego del mercado. Smith sostenía que solo “fiándose en la motivación del beneficio, se lograría necesariamente una ampliación considerable del excedente económico”.³

Cuarenta años después, David Ricardo, que retoma esa línea de trabajo, se enfrenta también a enemigos poderosos. Su libro, *Principios de economía política y tributación* (1817), perfecciona la teoría del valor trabajo para fundamentar el valor de cambio de las mercancías, teniendo como eje el reparto de los ingresos entre las distintas clases de la sociedad. Su análisis responde a los intereses de la burguesía industrial inglesa, que busca desplazar definitivamente a la vieja aristocracia terrateniente. En relación con el comercio internacional plantea la teoría de las ventajas comparativas, sustituyendo la más simple, de las ventajas absolutas, expuesta por Smith. El libre comercio permite introducir las manufacturas británicas en todo el mundo a cambio de alimentos más baratos que los que podía proveer Inglaterra. Ricardo pone al desnudo las limitaciones impuestas por la renta agraria, que no depende del trabajo empleado sino de la propiedad de la tierra y sus diferentes rendimientos, y cuyo estudio es otro elemento central de su aporte teórico.

El liberalismo económico que pregonan los economistas clásicos lleva a considerar las disparidades entre las clases sociales como inherentes y necesarias para la acumulación del capital, aunque el análisis ricardiano de la distribución de los ingresos abre un camino propio que conduce a otras vertientes de pensamiento.

Karl Marx es el continuador de la tradición clásica y el primero que disiente con el cuerpo teórico principal, al publicar en 1867 un libro influyente e inconcluso, *El capital*, que subtitula *Crítica de la economía política*. En él explica las metamorfosis de la mercancía y las etapas de reproducción del capital. Va más allá que Ricardo con su teoría de la plusvalía, que pone en evidencia en el valor de cambio la apropiación indebida de un surplus por parte del capitalista, que es lo que permite esa acumulación. Para ello se basa no solo en un análisis lógico sino también en una cruda serie de informes y datos estadísticos en los que se exponen y describen los bajísimos salarios y las paupérrimas condi-

³ Joan Robinson, *Liberté et nécessité. Introduction à l'étude de l'économie et de la société*, París, Payot, 1973, p. 141.

ciones de vida y de trabajo de los proletarios de su época en la Inglaterra victoriana. A esa cuestión le dedicó varios capítulos de su obra, y su amigo Friedrich Engels un libro entero: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. La explotación del trabajador por el capitalista revela —a su juicio— la esencia del sistema.

Por otro lado, concuerda con los economistas clásicos en la existencia de leyes económicas objetivas, pero señala que estas no son eternas sino propias de un modo de producción, basado en la lucha de clases, que constituye una etapa en la historia de la humanidad y está destinado a entrar en sucesivas crisis y ser remplazado finalmente por el socialismo y luego por el comunismo. Marx no era únicamente un economista y para algunos, incluso, su obra en este sentido no fue su aporte principal. En sus múltiples trabajos se despliega una visión filosófica e histórica que dio lugar a un esquema de interpretación del desarrollo de la sociedad: el materialismo histórico.

Su influencia intelectual y política, interpretada de diversas maneras y en muchas ocasiones simplificada o tergiversada por adversarios o epígonos, resultó notable en gran parte del siglo xx para declinar en las últimas décadas del mismo. En cuanto a su análisis económico sobre la determinación del valor, el proceso de acumulación o la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, fue cuestionado, o simplemente ignorado, por las corrientes ortodoxas de pensamiento, y en algunos casos resultó objeto de arduos debates entre los mismos marxistas.⁴

Su aporte dio lugar en especial al desarrollo de las teorías sobre los ciclos y las crisis del capitalismo. Para Marx,

la inmensa capacidad productiva, con relación a la población que se desarrolla dentro del régimen capitalista de producción, y aunque no en la misma proporción, el aumento de los valores-capitales (no solo de su sustrato material), que aumentan mucho más rápidamente que la población, se halla en contradicción con la base cada vez más reducida, en proporción a la creciente riqueza, para la que esta inmensa capacidad productiva tra-

⁴ El problema de la transformación de los valores en precios de producción fue durante años un debate esencial en el campo marxista. La solución neorricardiana a este problema la dio el italiano Piero Sraffa, amigo tanto de Keynes como del marxista Antonio Gramsci, en su libro *Producción de mercancías por medio de mercancías. Preludio a una crítica de la teoría económica* (1960).

baja y con el régimen de valoración de este capital cada vez mayor. De aquí la crisis.⁵

Luego, va más allá en su análisis al develar el carácter monetario de la producción de mercancías. La moneda no es solo un intermediario en el intercambio sino que sirve también como reserva de valor, lo que produce un desajuste entre la oferta y la demanda. Marx tampoco olvida incluir variables que permiten explicar, por ejemplo, mecanismos que llevaron a la reciente crisis mundial, como el crédito.

Si el sistema de crédito aparece como la palanca principal de la superproducción y del exceso de especulación en el comercio, es pura y simplemente porque el proceso de reproducción, que es por su propia naturaleza un proceso elástico, se ve forzado aquí hasta el máximo [...]. No hace más que destacarse así el hecho de que la valorización del capital basada en el carácter antagónico de la producción capitalista solo consiente hasta cierto punto su libre y efectivo desarrollo, pues en realidad constituye una traba y un límite inmanente de la producción que el sistema de crédito se encarga de romper constantemente.⁶

La crisis que vive el capitalismo requiere reexaminar sus ideas, teniendo presente que aunque se refieren a otra etapa histórica, como ocurre también con los economistas clásicos, aún brindan elementos que permiten conocer mejor la naturaleza del sistema económico en el que vivimos.

Hasta los clásicos y Marx, la nueva ciencia económica estaba fundada en el desarrollo mercantil, agrícola e industrial del capitalismo, tanto a nivel nacional como mundial, lo que explica los rasgos principales de su evolución. En ella siempre se consideran primordiales, desde experiencias y posiciones teóricas diferentes, las relaciones entre los hombres en el proceso de producción, distribución e intercambio de los bienes provenientes del trabajo humano.

El centro geográfico de ese pensamiento se encontraba en Gran Bretaña, el eje industrial del mundo, donde el capitalismo estaba más avanzado. Esto le permitió a los ingleses, con la abolición de las leyes de gra-

⁵ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 262 y 263. Thomas Malthus ya había demostrado que la demanda final podía ser inferior a la oferta y Keynes se va a inspirar en su esquema teórico.

⁶ *Ibid.*, p. 219.

nos en 1846 y de las actas de navegación en 1849, que protegían la exportación de esos productos —algo que ya no interesaba, pues estaban decididos a sacrificarlos a favor de la industria y las finanzas— y su transporte marítimo —algo que ya no necesitaban porque dominaban los mares—, lanzarse plenamente al libre comercio.⁷ Hasta ese momento Gran Bretaña había sido proteccionista, y debe el haber salido de esta situación no solo a las teorías de los clásicos sino también a la existencia de un fuerte *lobby* librecambista encabezado por figuras como Richard Cobden, que lucharon muchos años en los medios políticos y en el parlamento para imponer sus ideas.

Al mismo tiempo, otros países como Alemania y Estados Unidos, nuevas potencias emergentes, se transforman en competidores y definden políticas muy distintas a las de Smith y Ricardo. George Friedrich List, un notable economista alemán, publica en 1841 *El sistema nacional de economía política*, donde manifiesta su desacuerdo con los planteos individualistas y universalistas del primero. List defiende la existencia de una economía nacional, señala la importancia del rol del Estado como motor del desarrollo económico y plantea la idea de la industria incipiente, a la que hay que proteger.⁸ En Estados Unidos, las políticas de Alexander Hamilton, secretario del Tesoro del presidente George W. Washington, también proteccionista, sirven de antecedente e inspiración de las ideas de List. Se introduce así una diferenciación con respecto al análisis clásico, en el sentido de que es necesario considerar las formas concretas que asumen los espacios políticos y los sistemas económicos. La escuela histórica alemana y los institucionalistas estadounidenses son herederos de estas dos corrientes.

Sin embargo, la economía adopta un cariz distinto con la llamada “revolución marginalista”, que tuvo sus orígenes en Europa hacia la década de 1870 y se basó en la obra de tres economistas: el inglés William

⁷ La lucha por imponer el librecambio en Gran Bretaña fue muy larga y solo logró su propósito en 1846 con la abolición de las leyes de granos, Heinrich E. Friedländer y Jacob Oser, *Historia económica de la Europa moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. 133 y 134. Véase también sobre la Revolución Industrial y la configuración histórica del capitalismo británico, Eric J. Hobsbawm, *Industria e imperio*, Barcelona, Ariel, 1998.

⁸ Sus ideas están vinculadas a la implementación del Zollverein, la unión aduanera establecida en 1834 que fue la base de las políticas proteccionistas que siguió luego Alemania y dio inicio a un proceso que culminaría con su unificación política y económica definitiva en 1871.

Stanley Jevons, el francés residente en Suiza, León Walras, y el austríaco Carl Menger, quienes publicaron sus principales trabajos en forma casi simultánea. Herederos críticos de los clásicos, los dos primeros van a ser denominados neoclásicos, mientras que la escuela austríaca, que participa de la mencionada “revolución”, no es considerada como tal y se distingue por su liberalismo a ultranza. Será muy influyente en el siglo xx a través de Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek.

Los marginalistas elaboran una teoría diferente a la de sus predecesores siguiendo ciertas premisas fundamentales: la economía se mueve a través de acciones individuales y racionales, lo que los austríacos denominan “individualismo metodológico”; existe una multitud de oferentes y demandantes de similar tamaño y poder (competencia perfecta); los consumidores optimizan la utilidad del consumo de un bien y los productores maximizan sus beneficios; la lógica del mercado conlleva su autorregulación; hay una total transparencia de la información y los productos son homogéneos. A partir de ese momento los neoclásicos transforman en inmutables las leyes surgidas de sus fórmulas matemáticas basadas en el cálculo marginal, que conducen siempre a situaciones de equilibrio. Dice Manuel Fernández López refiriéndose al libro de Walras *Principe d'une théorie mathématique de l'échange* [Principios de una teoría matemática del cambio] (1874) que “el mundo no había conocido un libro de economía de tamaño magnitud, ocupado en desarrollos sucesivos de un modelo abstracto, donde la realidad brillaba por su ausencia”.⁹

No interesa ya el tipo de vínculos que se establecen entre los hombres dentro del proceso de producción, punto de partida de la economía política, sino los que se dan entre el vendedor o el comprador con el bien vendido o comprado en el mercado, entre sujetos y objetos. Bajo ciertos supuestos, tan estrictos como irreales, el movimiento de los precios hace posible igualar en un punto determinado las cantidades ofrecidas y demandadas de cualquier bien, y son esos precios y cantidades los óptimos para los individuos y para las empresas. Según los neoclásicos este es el fundamento que rige el intercambio.

⁹ Manuel Fernández López, *Historia del pensamiento económico*, Buenos Aires, A-Z, 1998, p. 327. Menger se diferenciaba de los otros marginalistas porque rechazaba toda matematización de la economía. Walras por su parte se decía socialista. Pero estas variantes tienen poca importancia en relación con el núcleo de sus teorías.

Las leyes económicas se deducen de la naturaleza humana, o sea de factores subjetivos y, más precisamente, de lo que el individuo percibe como su propia utilidad. En la alquimia neoclásica el valor de uso es el determinante del valor de cambio (teoría subjetiva del valor), mientras para los clásicos el valor de uso depende de las propiedades del objeto y el valor de cambio está determinado por el trabajo empleado en la producción de un bien (teoría objetiva del valor).

De acuerdo al esquema neoclásico, el problema central de los economistas no tiene que ver con las condiciones reales de producción y distribución de los ingresos, sino con las mismas leyes de optimización abstractas fijadas por su modelo. Pero sus supuestos no explican una realidad en la que predominan la competencia imperfecta y las situaciones monopólicas u oligopólicas, no existe transparencia en los mercados, los productos en su mayoría no son homogéneos, etcétera.

Nada más adecuado para comprender el sofisma de los neoclásicos que la respuesta casi “religiosa” con la que responde a esas teorías el devoto magnate petrolero John D. Rockefeller, “la competencia es un pecado, por eso procedemos a eliminarla” o, en otra ocasión, “ellos no tienen ninguna esperanza de competir con nosotros. Van a quedar a merced de los tiempos”.¹⁰

No resulta casual que hacia fines del siglo XIX, la época de la *pax britannica* y los *robber barons* o capitalistas sin escrúpulos de la economía estadounidense, del capital monopolista impulsado por la segunda Revolución Industrial, y del imperialismo, cuyo ejemplo mayor es el Imperio británico, la “economía política” tomase un nuevo nombre. Desde entonces será “economía” a secas, una traducción del vocablo anglosajón *economics* (cuya forma literal sería “económica”, tal como existen la dinámica, la mecánica y otras ramas de la física). El inglés Alfred Marshall, que procuró hacer una síntesis de los postulados clásicos y marginalistas, y dominó esta disciplina durante mucho tiempo con sus ideas, expuestas en su libro *Principios de economía* (1890), explica la nueva denominación de la ciencia económica alegando que nada tiene que ver con intereses políticos particulares u otras cuestiones que la desvían justamente de su carácter “científico”.

¹⁰ Citado en línea: <http://es.wikipedia.org/wiki/John_D._Rockefeller>; Peter Collier y David Horowitz, *The Rockefellers. An American Dynasty*, Nueva York, Signet, 1976, p. 26.

La definición más conocida de los neoclásicos es la de Lionel Robbins: “La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines dados y medios escasos que tienen usos alternativos”. De esta manera se convierte en una ciencia general del comportamiento humano conforme al principio económico que postula que los individuos, según el cálculo racional, buscan siempre maximizar su satisfacción frente a la escasez de medios que sufren.

Según Eric Hobsbawm, mientras se defina la economía de esa manera, solo puede tener una relación fortuita con el proceso real de producción social. Divorciada de un campo específico de la realidad, la ciencia económica se convierte en lo que un economista ortodoxo, Von Mises, denominó “praxeología”, que es un modelo normativo de cómo el hombre económico debería actuar, pero no un estudio de los fenómenos económicos. Jevons llega al extremo de afirmar que “el placer y el esfuerzo son, indudablemente, el último objetivo del cálculo de lo económico”.

Así, bajo la denominación de “economía”, el campo de estudios perdió todo contenido social, determinado históricamente, y renunció al análisis de un ámbito definido y concreto de la realidad convirtiéndose en una lógica de la elección formal del individuo basada en un prototipo: el *homo oeconomicus*, que cumple con los requisitos de la teoría aunque provenga de una construcción artificial.

Esta “ciencia” ahistórica, alejada de los grandes problemas que presenta el desarrollo de las relaciones sociales de producción, se transformó en una disciplina formal, para la cual la “racionalidad” del sistema es innegable. Los neoclásicos suponen que el sistema se desenvuelve sobre la base de una completa libertad económica y que en un mercado de competencia perfecta se llega siempre a situaciones de equilibrio de pleno empleo: las crisis no se producen endógenamente.

Sin embargo, lo que se comprueba es que el capitalismo no tiene un crecimiento constante y equilibrado, sino que se va desarrollando a través de ciclos económicos, cortos o de mediana duración, con expansiones y crisis sucesivas que constituyen una parte importante de la trayectoria de la economía mundial y las economías nacionales. También, como resultado de las grandes innovaciones tecnológicas, se constata la existencia de ciclos largos —como los llamados “Kondratieff”, en honor al economista ruso—, así como se reconocen las llamadas “tendencias seculares”. Las teorías sobre los ciclos fueron sintetizadas por Joseph Schumpeter en un libro clásico, *Ciclos económicos*, mientras que

las teorías sobre “la larga duración” de los fenómenos económicos fueron planteadas desde una perspectiva distinta por historiadores como Fernand Braudel.¹¹

La simplificación de los saberes que resulta de la concepción neoclásica impide captar de ese modo la naturaleza compleja y dinámica de los fenómenos económicos y, especialmente, como veremos, el rol de las instituciones y del Estado.

LA INTERPRETACIÓN DE LAS CRISIS:
DEL KEYNESIANISMO AL NEOLIBERALISMO

Los institucionalistas americanos [...] como Veblen —dice Gilles Dostaler— han elaborado análisis muy cercanos a los de Keynes, en los cuales este último se ha sin duda inspirado. Son ellos quienes formaron a los consejeros del presidente Roosevelt, los economistas del New Deal. Siguiendo [el camino de] Knut Wicksell, [...] Myrdal, Lindahl, Ohlin propusieron desde los años veinte tesis muy próximas a la teoría de la demanda efectiva y del multiplicador. Ellos fueron los arquitectos del Estado de bienestar sueco [...]. En 1932, Michal Kalecki, un economista polaco entonces casi desconocido [...], proponía un modelo que contenía, de manera sucinta y formalizada, lo esencial de la *Teoría general* de Keynes [...]. En síntesis, estas ideas estaban en el aire.¹²

En el caso de Keynes y Kalecki, reincorporan el estudio de los grandes agregados económicos, lo que se denomina macroeconomía, critican el librecambio y señalan la necesidad de la intervención del Estado ante el fracaso de los mercados. El pensamiento de Keynes tuvo gran influencia y marcó una época, pero a partir de la década de 1970 sus ideas fueron marginadas por la oleada neoliberal que comenzó a reinar en los ámbitos académicos de los economistas.

¹¹ Véase una versión más acotada en español, Joseph Schumpeter, *Ciclos económicos. Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2002; Fernand Braudel, *Les ambitions de l'Histoire*, París, Fallois, 1997 [trad. esp.: *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Crítica, 2005].

¹² Citado en Ramón Tortajada, “Keynes: l'économie d'abord! Note critique à propos de *Keynes et ses combats*, de Gilles Dostaler”, en *Économies et Sociétés*, núm. 40, mayo de 2008, p. 1045.